

## Cuentos folklóricos en las *Cartas críticas* de Francisco de Alvarado

En uno de sus estudios sobre los cuentos folklóricos españoles Maxime Chevalier indica que a lo largo de los siglos XVIII y XIX disminuyen las recopilaciones de chascarrillos y chistes en comparación con su eclosión en los siglos XVI y XVII<sup>1</sup>. A propósito de lo raro que es encontrar en el siglo XIX cuentos de la literatura oral en la literatura escrita, el profesor Chevalier dice lo siguiente: «El aspecto fragmentario y fugitivo que revisten demuestra indudablemente que la influencia de los cuentos tradicionales ha venido a ser casi nula y que no se les admite ya, con unas contadísimas excepciones, en ninguna obra de categoría»<sup>2</sup>. Una de esas excepciones parecen ser las *Cartas críticas* del dominico sevillano fray Francisco de Alvarado.

Este poco conocido escritor es uno de los más destacados apologistas católicos que defendieron sus ideas por los años 1810-1814, etapa de las Cortes de Cádiz. Natural de Marchena, donde nació en 1756, a los dieciséis años tomó el hábito en San Pablo, de Sevilla. En 1819, al entrar los franceses en la ciudad del Guadalquivir, marchó a la ciudad portuguesa de Tavira, donde escribió la mayor parte de sus *Cartas*. Cuando murió en 1814, en Sevilla, era Consejero de la Suprema Inquisición<sup>3</sup>. Conocido en su época como *El Rancio* o *El Filósofo Rancio*, fue autor de cuarenta y siete *Cartas críticas*, que se publicaron entre 1824-1825 en cuatro tomos, y de diecinueve *Cartas Aristotélicas* que vieron la luz en un quinto tomo<sup>4</sup>. En opinión de M. Menéndez y Pelayo, «apenas hay máxima revolucionaria ni ampuloso discurso de las Constituyentes, ni folleto o papel volante de entonces que no tenga en ellas impugnación o correctivo»<sup>5</sup>. Por su parte, Javier Herrero, estu-

<sup>1</sup> Para esto cf. Maxime CHEVALIER, *Folklore y literatura: el cuento oral en el Siglo de Oro* (Barcelona: Crítica, 1978), pp. 45 y 155. Agradezco sinceramente al profesor Chevalier y a Julio Camarena los generosos consejos y datos que me han facilitado para elaborar este trabajo.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>3</sup> Marcelino MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles* (Madrid: 1932), VII, pp. 96-98; Javier HERRERO, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español* (Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1973), pp. 267-271 y 316-323.

<sup>4</sup> Las *Cartas críticas* se publicaron en Madrid, en la imprenta de E. Aguado.

<sup>5</sup> M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *op. cit.*, p. 96.

diando la amplia obra del dominico, indica que «*El Rancio* tiene un innegable interés, pero sólo como síntoma de esa actitud clásica de ignorancia combinada con terrible emotividad agresiva que constituye la esencia misma del pensamiento reaccionario español, de esa ciega irracionalidad que parece haber dominado gran parte de nuestra historia decimonónica»<sup>6</sup>. Con el padre Alvarado, en suma, nos encontramos ante «el último de los escolásticos puros y al modo antiguo»<sup>7</sup>.

Pero lo interesante de este autor es el hecho de que para mejor sazonar sus *Cartas críticas* o para ejemplificar y encontrar apoyo a sus teorías suele recurrir a cuentos, chistes o dichos graciosos, actuando así de un modo habitual en la orden de Santo Domingo desde la Edad Media<sup>8</sup>. De este modo, fray Francisco de Alvarado ofrece un panorama de anécdotas y facecias que, suponemos, serían de curso corriente en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX.

Cada tomo de las *Cartas críticas* cuenta con un índice de cosas notables en el cual, bajo la voz «cuentos», se anotan una serie de relatos, a menudo jocosos, que en el libro recibirán distintos nombres: los más usuales son los de «cuentos», «cuentecitos», «cuentecillos»; pero también se les denominará «dichos», «anécdotas», «hechos», «ejemplos», «sucesos», «chistes». Es significativo que en un caso el padre Alvarado indique que la anécdota relatada «no es cuento» (t. I, p. 326), sino hecho real; esto, unido al hecho de que muchos de los relatos, en especial los de religiosos, aparezcan como sucesos presenciados por el dominico da como resultado que la inmensa mayoría de los cuentos que aquí se anotan tengan un carácter realista, aspecto que es característico de los cuentecillos tradicionales y que los diferencia de los folklóricos<sup>9</sup>. Además, el dominico sevillano recoge algunas fábulas: los lobos haciendo paces con las ovejas (t. II, p. 227), la zorra (t. III, p. 97), el lobo (t. III, p. 217), los ratones y el gato (t. IV, p. 298).

Por lo que se refiere a los personajes que aparecen en estos cuentos, abundan los tipos paradigmáticos de la literatura tradicional: ciegos, venteros, gitanos, portugueses, escribanos, médicos, tartamudos; es altísimo

<sup>6</sup> J. HERRERO, *op. cit.*, p. 320.

<sup>7</sup> M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *op. cit.*, p. 97.

<sup>8</sup> Cf. Domingo YNDURÁIN, «Cuento risible, folklore y literatura en el Siglo de Oro», *RDTP*, XXXIV (1978), p. 113.

<sup>9</sup> Cf. M. CHEVALIER, *Folklore y literatura*, pp. 44-51.

el número de frailes que aparecen <sup>10</sup>. Un aspecto también digno de destacarse es que se registran varios cuentos que juegan con el lenguaje: los hay que se rematan con unas palabras en latín, en algún caso el cuento acaba con una frase que ha quedado como proverbial, alguno concluye con un verso gracioso <sup>11</sup>.

En total son noventa y cinco los relatos que, con el nombre de «cuentos», aparecen en las *Cartas críticas*, si bien es claro que muchos de ellos no entran en dicha categoría <sup>12</sup>. De entre toda esa masa de relatos aquí presentamos solamente seis cuyo carácter folklórico es indudable <sup>13</sup>; de alguno de ellos (la cuenta del ventero, la mujer prudente) Alvarado ofrece una versión fragmentaria. Junto al título de cada cuento indicamos su clasificación según el catálogo internacional de tipos de cuentos elaborado por Aarne-Thompson <sup>14</sup>. Tras cada relato se anota entre corchetes el tomo de las *Cartas críticas* y la página en que se encuentra; la transcripción es literal.

## CUENTOS FOLKLÓRICOS

### *La cuenta del ventero*

#### Tipo 821 B

Esto se parece al cargo en que un ventero pedía a su huésped una exorbitante suma por solos dos huevos que le había gastado. Estos

<sup>10</sup> Sin embargo, no aparece en las *Cartas críticas* un tipo de personaje tan característico del folklore como el molinero; sobre esto cf. Augustin REDONDO, «De molinos, molineros y molineras. Tradiciones folklóricas y literatura en la España del Siglo de Oro», *Literatura y Folklore: Problemas de intertextualidad* (Salamanca: Universidad, 1983), pp. 99-115.

<sup>11</sup> La conclusión del cuento con una frase en latín era un recurso habitual de la literatura tradicional, basta recordar de Melchor SANTA CRUZ DE DUEÑAS, *Floresta española de apotegmas* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1947), p. 78; de Luis de PINEDO, *Libro de chistes* (Madrid: Atlas, 1964), BAE, núm. 176, pp. 99 y 104, o de Gaspar LUCAS HIDALGO, *Diálogos de apacible entretenimiento* (Madrid, 1919), BAE, núm. 36, p. 312.

<sup>12</sup> Publiqué los noventa y cinco cuentos en la *Revista de Folklore*, 110 (1990), pp. 39-58.

<sup>13</sup> El cuento folklórico ha sido definido por Julio Camarena de este modo: «relato en prosa que narre sucesos ficticios y que viva autónomamente en la tradición oral en versiones o variantes», en «El cuento de tradición oral y la novela picaresca», *RDTP*, XLIII (1988), p. 68.

<sup>14</sup> Antti AARNE y Stith THOMPSON, *The Types of the Folktale* (Second Revision) (F. F. Communications, núm. 184; Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1961).

huevos, decia, los preparaba yo para echarlos: de ellos debian salir dos pollas que á los seis meses ya serian gallinas. Cada una haria una postura de doce ó quince huevos que serian con el tiempo otras tantas gallinas; y por haberse V. comido los tales huevos, me ha privado de un gallinero el mejor quizá que habria en la España.

[IV, 284]

*El burro en la torre*

Tipo 1210 \*

Sucedió en cierto lugarcillo que en lo alto de la torre se nació mucha yerba. Quiso uno subir un burro suyo para que la aprovechase: buscó para este efecto á otro su compadre, pusieron entre los dos en lo alto una garrucha, y con el auxilio de esta empezaron á tirar del borrico que tenian atado por el pescuezo. Apenas el pobre animal perdió pie, cuando inmediatamente comenzó á mostrar los dientes y á sacar la lengua. ¡Que se ahoga! ¡Que lo ahorcan! decian los espectadores. Pero el dueño del borrico volviéndose á su compañero le dijo: ¡mire V., compadre, si el animalito tiene entendimiento! Ya se viene riendo y festejando del hartazgo que le espera.

[II, 291]

*La mujer prudente*

Tipo 1415

Pero VV. se la han entendido bien, y se manejan con él como aquella muger de quien se cuenta, que viendo á su marido empeñado en que el burro entrase por la puerta de la casa al revés de como debia entrar, á fin de provocarla á que le contradijese, tan lejos estuvo de contribuir á la discordia, que por el contrario le contestó: *Dices bien, hombre; este pícaro no quiere entrar como debe, y no ha de salirse con la suya. Empújalo tú por la cabeza y yo tiraré de él por el rabo, y verás como entra.*

[II, 38]

*El predicador y las avispas*

## Tipo 1785 C

Predicaba un fraile (no digo de que religion era, porque siendo fraile, lo mismo es para el caso, que sea del color que fuere, pues nuestro hombre no distingue de colores) digo que predicaba el tal fraile en un pueblecito, de donde no sacaba todo el fruto que quisiera (dejando á la discrecion del diccionarista, si el fruto que queria, era espiritual, temporal ó *mixtiferi*): y queriendo para adelantar algo, dar al sermon de una noche alguna poca de mas fuerza, encargó al subir al púlpito á un monaguillo que le llevase una calavera, la mejor que encontrára en el calaverario. Cumplió el muchacho el encargo con la mayor exactitud, llevándole una que á la cuenta debió de ser calavera desde el dia de su formacion, segun era de grande y lucida. Llegó el momento que el predicador juzgó mas á propósito segun el plan que tenia dispuesto, de presentar la calavera al público. Echa mano de ella, y encarándose con su auditorio, empieza á preguntar *¿De quién es esta calavera? ¿De quién es esta calavera?* Mientras repetia esta pregunta, variando de gesto y de tono, y pasándola de una mano á otra, quiso la mala suerte que uno de sus dedos se introdujese por no sé cual de los agujeros de la calavera, en que habian labrado su acostumbrado nido y panal unas señoras que se llaman abispas. Apenas sintieron estas que les andaban en la casa, se alborotaron como era natural, se pusieron en defensa, y la pegaron con... pero ¿con quién habia de ser sino con el fraile? (Dios le perdone al señor cura don Blas Oteiza la mala obra que me hace, en no poder decir un refran que venia aqui como de molde, si no hubiera por el mundo *timoratos*.) Por fin las abispas me rodean á mi desventurado predicador, y una en las narices, otra en el cogote, otra en la frente, otras y otras en lo primero que encontraban, comenzaron á hacerle cariños, de aquellos que (si no fuera porque no todas las verdades se pueden decir) llamaria yo *liberales*. El pobre hombre que de nada estaba tan ageno como de experimentar á tal ocasion tales favores, quedándose con la calavera en la mano izquierda, acudió con la derecha á desollinarse las orejas, á sacudirse el cerquillo, y santiguarse la cara con mas prisa que si hubiera visto al diablo; sin dejar de repetir, aunque con voz lánguida y asustada, la pregunta de *cuya era aquella calavera*: hasta que fue tanta la familia que de la calavera salió, y tantos los agasajos que le hizo, que el pobre fraile sofocado la tiró enmedio del auditorio, diciendo: *de algún demonio es esta calavera*.

[II, 376]

*En mi casa no hay caballeriza*

Tipo 1832 \*

Preguntaron á un muchacho: *si está Dios en todas partes; y habiendo respondido que sí, le añadieron: luego estará en la caballeriza de tu casa.* Respondió el chiquillo que no estaba. Repuso el maestro: *ergo pillete, porque Dios está en todas partes.* Replicó el muchacho: *ergo pillete yo á ti, porque en mí casa no hay caballeriza.*

[II, 305]

*El testamento del muerto*

Tipo 1860

Llamaron á un escribano para que un muerto otorgase ante él su testamento. El modo de otorgarlo fue el siguiente: Los interesados en la herencia entregaron al escribano una apuntación del repartimiento del caudal que decían haberles notado el enfermo antes de perder el habla. El escribano debía irle preguntando al tenor de aquella nota: y el muerto, medio incorporado en la cama, y atado un pañuelo á la cabeza, ocultaba un cordelito que corria por debajo de las sábanas hasta los pies de la cama, y por donde era facil dar movimiento á la cabeza. Preguntaba pues el escribano: *¿Es verdad, señor don Fulano, que V. quiere, y es su voluntad que sus herederos sean N. y N., sus albaceas N. y N. &c. &c.?* A todo decia el muerto que *sí* con la cabeza. Admirado el escribano de tanta docilidad, quiso tambien sacar provecho de ella: y le añadió: *¿Es verdad que V. por el mucho amor y antigua amistad que le tiene, y por varios favores que ha recibido del presente escribano, quiere que se le den de lo mejor parado de su caudal tantos miles pesos?* A esta pregunta el supuesto moribundo quedó tan insensible como un muerto: y entonces el escribano volviéndose al que manejaba el cordelillo le dijo: *amigo mio, aqui ó se ha de tirar para todos, ó no se ha de tirar para ninguno.*

[II, 208]

LUIS ANTONIO ARROYO RODRÍGUEZ